



Estrategias de sobrevivencia e inequidades de género: El caso de Argentina en el contexto latinoamericano

Mercedes Molina*

Resumen

El presente artículo se dirige a iluminar algunas facetas de las estrategias de sobrevivencia desplegadas por los hogares pobres en Argentina, así como las relaciones de género en las que se encuadran, en el marco del deterioro de las condiciones de vida resultante de la crisis económica que enfrentó ese país durante la última década. Para ello, se analizan las principales características del entorno conceptual, procurando establecer en qué medida los estudios sobre estrategias de sobrevivencia permiten dar cuenta de las condiciones de existencia y las relaciones genéricas de los sectores socioeconómicos más desfavorecidos en América Latina. Se considera particularmente la propuesta teórico-metodológica de la investigadora argentina Susana Torrado, así como la necesidad de reconceptualizar la noción tradicional de familia. Se retoman también los resultados de estudios sobre carga global de trabajo y uso del tiempo, a fin de evaluar las oportunidades en que las estrategias de sobrevivencia familiar conducen a bloquear las posibilidades de desarrollo personal y salida de la vulnerabilidad de las mujeres en la región.

Palabras clave: Estrategias de sobrevivencia, género, pobreza, América Latina.

Abstract

The present article aims at illuminating some of the facets of the survival strategies employed by poor households in Argentina, as well as gender relationships within the frame of deteriorating conditions deriving of the economic crisis faced by this country during the last decade. In order to do it we analyze the main characteristics of the

* Investigadora argentina, *Licenciada en Sociología* (2002) y *Profesora en Sociología* (2004), Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Actualmente se encuentra cursando el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de FLACSO, Buenos Aires. mmolina@lab.cricyt.edu.ar.

conceptual environment, trying to understand to what degree the studies on survival strategies allow to reveal of living conditions and gender relationships in the sectors of society which are more socially and economically marginalized in Latin America. We mainly adopt the Argentinean researcher Susana Torrado's theoretical-methodological approach, as well as the necessity to re-conceive the traditional notion of family. Also, we assess the results of studies on global work burden and time distribution, in order to evaluate the opportunities in which family survival strategies lead to block the possibilities of personal development and vulnerability overcoming among women in the region.

Key Words: Survival strategies, gender, poverty, Latin America.

Introducción

A fines de la década del setenta comenzaron a realizarse –primeramente en México y luego en otros puntos de América Latina– numerosos estudios sobre las estrategias desarrolladas por las familias de sectores socioeconómicos bajos, tendientes a paliar los efectos de la pobreza y optimizar la satisfacción de las necesidades con los escasos recursos disponibles. Estas investigaciones definieron sus objetos de estudio como «estrategias de sobrevivencia», «estrategias familiares de vida» o «estrategias de reproducción», entre las conceptualizaciones utilizadas con mayor frecuencia.

En los años ochenta, los análisis sobre lo que llamaremos genéricamente estrategias de sobrevivencia se extendieron aún más, revelando el interés de la investigación sociodemográfica por analizar las reacciones de los hogares y las familias latinoamericanas para contrarrestar el deterioro de los niveles de bienestar causados por la recesión y las políticas de ajuste que ya comenzaban a implementarse en la región.

Por su parte, los estudios de género han llamado la atención sobre los roles particulares y diferenciados a los que quedan adscriptos varones y mujeres, a la hora de adoptar medidas para enfrentar la adversidad. Sucede que la diferencia sexual entre hombres y mujeres se traduce, en nuestras sociedades, en desigualdades sociales, inequidad y discriminación genérica, y estas cuestiones son con frecuencia subestimadas en los programas de investigación.

Posteriormente se analizan algunos de los resultados obtenidos en el campo de las investigaciones sobre estrategias de sobrevivencia con perspectiva de género, específicamente el caso de trabajos que han incorporado instrumentos cualitativos de indagación, ilustrando la profundidad del conocimiento sobre la vida cotidiana al que se ha arribado con estas metodologías. El concepto de *habitus* entra aquí en juego para hacer comprensible una diversidad de estrategias implementadas por los hogares pobres para enfrentar condiciones de existencia adversas.

En los apartados siguientes, se retoman estudios sobre carga global de trabajo y uso del tiempo, a fin de evaluar las oportunidades en que las estrategias de sobrevivencia

familiar conducen a bloquear las posibilidades de desarrollo personal y salida de la vulnerabilidad de las mujeres. A modo de conclusión, se proponen algunos tópicos que pueden ser tenidos en cuenta a la hora de realizar futuras investigaciones sobre estrategias de sobrevivencia con perspectiva de género en la región latinoamericana.

1. Características del entorno conceptual elegido

1.1. El enfoque de las estrategias familiares de vida

Desde los años setenta hasta la actualidad viene desarrollándose en América Latina una gran variedad de estudios referidos a las estrategias de sobrevivencia implementadas por las poblaciones de la región. Según Félix Acosta (2003), estos trabajos pueden ser agrupados en cuatro «vertientes» centrales, a saber:

- a) Aquélla que postula la existencia de una relación entre las clases sociales y las características de las estrategias –o comportamientos– de los hogares.
- b) Aquélla que analiza las estrategias de sobrevivencia como mecanismos de reproducción de los grupos domésticos en contextos rurales y urbanos, como una manera de acercarse a la investigación de procesos más amplios de reproducción de la fuerza de trabajo y reproducción societal.
- c) Aquélla que, desde los aportes de la antropología social, privilegia el análisis de la relación entre la estructura y la organización interna de las unidades domésticas obreras y la segmentación del mercado de trabajo urbano.
- d) Finalmente, se encuentran las contribuciones de los historiadores de la familia.

Algunas de estas investigaciones han sido de gran utilidad para poner de manifiesto la participación activa –aunque subordinada en la mayoría de los casos– de las mujeres en las estrategias desarrolladas por las unidades domésticas, en los diversos contextos sociales que ofrecen los países latinoamericanos.

Los trabajos sobre estrategias de sobrevivencia se han desarrollado casi paralelamente a los estudios de género en la región, y de hecho unos y otros han servido de insumo para avances en la investigación sobre condiciones de vida, reforzándose mutuamente.

Dentro de la primera de las vertientes mencionadas, Susana Torrado (1998) realizó a fines de los años setenta una sistematización teórico-metodológica de la noción de estrategias de sobrevivencia, tomando a la familia como unidad de análisis y considerando la estrategia familiar como resultado de su inserción en el sistema de clases sociales. La autora prefiere hablar de «estrategias familiares de vida» en lugar de «estrategias de sobrevivencia», puesto que este último concepto sólo resultaría aplicable a grupos sociales sumidos en la pobreza que se hallan en el límite de la existencia. En

cambio, las estrategias familiares de vida permiten dar cuenta de los comportamientos de cualquier sector socioeconómico, definiéndose como: «aquellos comportamientos de los agentes sociales de una sociedad dada que –estando condicionados por su posición social (o sea por su pertenencia a determinada clase o estrato social)– se relacionan con la constitución y el mantenimiento de unidades familiares en el seno de las cuales pueden asegurar su reproducción biológica, preservar la vida y desarrollar todas aquellas prácticas económicas y no económicas, indispensables para la optimización de las condiciones materiales y no materiales de existencia de la unidad y de cada uno de sus miembros» (Torrado 1998, 17).

De acuerdo con Acosta, las críticas que diversos investigadores han elaborado a la sistematización de Torrado se centran en su mayoría en desmitificar el posible efecto diferenciador de las clases sociales sobre el comportamiento individual y familiar, según el cual se observarían conductas heterogéneas entre clases diferentes y conductas homogéneas al interior de la misma clase y estrato. El autor rescata aquellas críticas que reivindican el papel activo de los individuos y las familias en la manipulación de sus estrategias, en respuesta a los condicionamientos asociados a los distintos procesos económicos, políticos, sociales. La clase social no aparece entonces como un depósito de predisposiciones de conducta, sino más bien como una «estructura de opciones» entre las cuales los actores pueden elegir (Pzeworski 1982, citado en Acosta 2003, 15). Las relaciones sociales, así entendidas como una estructura de posibilidades, determinan las condiciones reales de vida de los individuos y las familias; sin embargo éstos –dentro de los límites fijados por esa estructura– desempeñan un papel dinámico y llevan a cabo una permanente modificación de los contextos en los que están inmersos.

Por otro lado, no todas las personas reaccionan de la misma manera ante circunstancias semejantes. Para dar cuenta de la heterogeneidad de comportamientos y puntos de vista que tienen lugar en el nivel de las prácticas sociales, incorporaremos la noción bourdiana de *habitus*, como instancia mediadora entre las características estructurales de la sociedad y las estrategias de los agentes. Los *habitus* son aquellos «sistemas de disposiciones durables para actuar, percibir, valorar, sentir y pensar de una determinada manera, que han sido interiorizadas por los actores en el curso de su historia y que funcionan como principios generadores y organizadores de sus prácticas y representaciones» (Bourdieu 1980, 88, citado en Torrado 2003, 29).

El condicionamiento de los comportamientos de las unidades familiares es resultado de factores socio-económicos, jurídico-políticos, ideológicos y culturales asociados al origen de clase. En sus estrategias, las unidades familiares se organizan y movilizan recursos para el logro de ciertos proyectos. Sin embargo, sus objetivos no son necesariamente explícitos, conscientes o intencionales para los actores, y las decisiones se adoptan sobre la base de alternativas concretas de acción (tal como postula Pzeworski), no sobre la base de cálculos abstractos o racionales.

Para finalizar este apartado parece conveniente señalar que según la perspectiva que se sostendrá a lo largo del presente trabajo, la riqueza del concepto de «estrategias» —que radica en el carácter no predeterminado de los procesos sociales, abiertos a la multiplicidad de respuestas que son capaces de generar los actores y actoras frente a un conjunto dado de condicionamientos— se topa con las limitaciones que presentan numerosos estudios cuyas fuentes de datos son de índole exclusivamente cuantitativa. Sería preciso, según creemos, complementar estos análisis con datos de corte cualitativo, para conocer con mayor profundidad el mundo de los arreglos cotidianos mediante los cuales los diversos grupos sociales satisfacen sus necesidades en Argentina.

En páginas posteriores analizaremos algunos resultados a los que han podido arribar otras investigaciones que emplean nociones emparentadas a la de estrategias de sobrevivencia, en las cuales se combinaron informaciones cuantitativas y cualitativas.

1.2. La reconceptualización de la noción tradicional de familia

El modo en que los trabajos sobre estrategias familiares de vida definen a la familia contiene elementos que en cierta forma invisibilizan el conflicto de intereses que tiene lugar en el seno de la misma, al concebirla como un grupo de personas que trabajan mancomunada o solidariamente para el logro del bienestar de cada uno de sus miembros y la optimización de sus condiciones de existencia¹. Numerosos estudios critican esta conceptualización tradicional, que presupone principios altruistas de distribución del trabajo y los beneficios e ignora las asimetrías entre géneros y generaciones. Amartya Sen plantea la necesidad de examinar lo que efectivamente ocurre dentro de cada unidad, en lugar de presuponer que existiría una tendencia natural a la maximización conjunta del bienestar: «Las personas que forman parte de una familia se enfrentan simultáneamente a dos tipos distintos de problemas: uno entraña cooperación (aumenta las disponibilidades totales) y otro entraña conflicto (divide las disponibilidades totales entre los miembros de la familia). Los arreglos sociales con respecto a quién hace qué, quién consume qué y quién toma qué decisiones pueden verse como respuestas a este problema combinado de cooperación y conflicto. La división sexual del trabajo es una parte de esos arreglos sociales y es importante considerarla en el contexto de los mismos en su totalidad.» (Sen 2001, citado en Aguirre 2005).

Otros trabajos también destacan este carácter asimétrico y jerárquico de las relaciones familiares, a las que conciben como relaciones de poder cuyos ejes básicos de diferen-

¹ Torrado define a la unidad familiar como un «grupo de personas que interactúan en forma cotidiana, regular y permanente, a fin de asegurar mancomunadamente el logro de los siguientes objetivos: su reproducción biológica, la preservación de su vida; el cumplimiento de todas aquellas prácticas, económicas y no económicas, indispensables para la optimización de sus condiciones materiales y no materiales de existencia» (Torrado 1998, 20).

ciación social son la generación y el género. El jefe-varón es quien con mayor frecuencia detenta la máxima autoridad en la familia. «De ahí que el mundo familiar constituya un entramado de vínculos de afecto y solidaridad, cargados de ambivalencias y tensiones, donde además de ciertos acuerdos básicos ocurren también enfrentamientos» (Ariza y Oliveira 2002, 22).

Estos aportes tienen un valor fundamental puesto que nos alertan acerca de una serie de conflictos que hasta hace poco tiempo pasaban desapercibidos para los estudios sociales. El modo en que proponen concebir a la vida familiar es el que debe estar, según entendemos, en el punto de partida de todo análisis de estrategias de sobrevivencia comprometido con evidenciar la discriminación de género vigente en nuestras sociedades.

También debe mencionarse como limitación el hecho de que, además de invisibilizar las desigualdades de género, el enfoque en cuestión deja fuera de consideración las discriminaciones entre miembros de distintas generaciones en el seno del hogar.

Finalmente, la grave problemática de la violencia intrafamiliar ha quedado excluida de los análisis de estrategias familiares de vida. En épocas de crisis socioeconómicas agudas o prolongadas, los niveles de bienestar familiar resultan drásticamente afectados y el grado de violencia puede verse incrementado. Sus manifestaciones revisten carácter no sólo físico, sino también psicológico o sexual, y encuentran entre sus principales víctimas a las mujeres y los niños.

2. Estrategias de hogares argentinos en el contexto latinoamericano

Más allá de las críticas formuladas en el apartado conceptual, los trabajos de Torrado constituyen obras de consulta obligada dentro de la temática de las estrategias familiares, ya que ofrecen una vasta compilación de datos de origen estadístico correspondientes a más de ciento treinta años de historia nacional. Desde el punto de vista teórico, además, se considera que lo valioso del aporte de la autora radica en la propuesta de operativización de las estrategias familiares, que resultan desagregadas en las siguientes dimensiones:

- a) la *constitución de la unidad familiar*, que remite a la formación, prolongación y disolución de las uniones conyugales;
- b) la *procreación* o constitución de la descendencia;
- c) la *preservación de la salud y la vida*;
- d) la *socialización* de los hijos y la *formación educacional*;
- e) la *obtención y asignación de recursos para la subsistencia* (incluyendo la división familiar del trabajo y la organización del consumo);

- f) las *migraciones laborales*;
- g) la *localización residencial*;
- h) el *allegamiento cohabitacional* (que implica compartir la unidad habitacional con parientes no nucleares y/o no parientes), y
- i) la participación en redes de cooperación extrafamiliar (Torrado 1998, 25-27).

Esta desagregación operacional permite ordenar la indagación a la hora de recolectar información sobre las estrategias familiares desplegadas en diversos contextos sociales. En Latinoamérica, las investigaciones disponibles dan cuenta de una enorme heterogeneidad de estrategias de sobrevivencia, en concordancia con la amplia diversidad socio-cultural y económica que presentan las poblaciones de sus diversas latitudes. Intentaremos ofrecer un panorama general de lo que hasta aquí se ha relevado, sin pretender abarcar de modo exhaustivo la cuestión, pues esto exigiría contar con un cúmulo de datos de corte cualitativo y cuantitativo que es hasta ahora inexistente.

Con respecto a la primera de las dimensiones consideradas, la constitución de la unidad familiar, ésta tiene lugar a partir de la unión legal o consensual de una pareja. En algunos países o áreas de la región se verifica la existencia de un tercer tipo de unión, las «uniones de visita»². Sin embargo, éste no es el caso de Argentina, cuya situación será particularmente considerada en el presente apartado.

Si se analizan los datos disponibles sobre la constitución de familias en ese país, se advierte a lo largo del siglo XX una progresiva postergación de la edad media a la primera unión civil o matrimonio. En la ciudad de Buenos Aires (de la que se disponen series continuas de datos) se registra, para el caso de las mujeres, un aumento de los valores desde los 22 a los 28 años en los últimos cien años. Por su parte, los valores de la serie masculina se incrementan desde los 28 hasta los 30 años en el mismo período. Además, desde finales del siglo XX juega un importante papel la «cohabitación de prueba», lo que por definición tiende a elevar la edad del matrimonio (Torrado 2003, 253-256).

En las provincias del interior, la primonupcialidad tiene lugar a una edad media inferior en tres años para las mujeres (en comparación con la Ciudad de Buenos Aires) y en un año y medio para los hombres. A su vez, la incidencia de la cohabitación consensual es en este contexto mucho mayor. Finalmente, si se discriminan las cifras de primonupcialidad por estrato social, se observa que la edad media al casamiento disminuye a medida que se desciende en la escala social (Torrado 2003, 256-257).

² Las uniones de visita –en las que los cónyuges no cohabitan sino que residen en viviendas diferentes– son arreglos conyugales propios de los países del Caribe (Ariza y Oliveira 2002, 25).

Desde la década del sesenta, las uniones consensuales vienen aumentando paulatinamente, aunque es en los años ochenta y noventa que presentan un incremento explosivo. En 1960 representaban el 7% del total de las uniones. En 1991 ascendían al 18% (Torrado 2003, 313). Estos datos pueden ser ilustrativos de que, durante las últimas décadas, las mujeres han postergado notoriamente el comienzo de la vida en pareja debido a que coexisten con el proyecto conyugal otros proyectos personales que tienen que ver con el ingreso al mundo del trabajo fuera del hogar, así como el alargamiento de la duración de los estudios.

En relación a otras dos de las dimensiones mencionadas como parte de las estrategias familiares de vida, la procreación así como la preservación de la salud y la vida, es crucial considerar en el análisis el proceso conocido como transición demográfica. Éste remite a un conjunto de fenómenos socio-demográficos que incluyen el aumento de la esperanza de vida al nacer como consecuencia de los descensos en el nivel de mortalidad de la población, el envejecimiento de la misma y la disminución de la fecundidad. La transición demográfica es un proceso de alcance mundial; no obstante, en cada región del planeta ha ido adquiriendo ritmo y dinámicas particulares. Las sociedades del capitalismo avanzado —europeas y angloamericanas— fueron pioneras al completar una primera fase de la transición demográfica entre fines del siglo XVIII y comienzos de la década de 1960 (Torrado 2003, 654).

La segunda fase de esta transformación refiere a un conjunto de fenómenos vinculados entre sí, tales como «incremento de la edad del matrimonio, de la población que vive sola y de la cohabitación; prolongación del período de residencia con los padres, aumento de los nacimientos fuera del matrimonio, de los divorcios y separaciones, así como de las segundas y terceras nupcias» (Ariza y Oliveira 2002, 26).

En el marco de una transición demográfica incompleta (es decir, bien lograda por los sectores socioeconómicos medios y altos, pero aún lejana para los grupos sociales más desfavorecidos) se observa en Argentina una tendencia a la adopción de un patrón de familia más reducido, lo que implica una disminución del número de hijos que tiene cada mujer. Este fenómeno se designa como «transición de la fecundidad» y aunque presenta notables variaciones según estrato social y hábitat, abarca a casi el 80% de la población. El 20% restante incluye a estratos marginados urbanos o rurales que presentan los más bajos índices comparativos de bienestar. Este tipo de comportamiento procreativo no responde necesariamente al deseo de tener mayor número de hijos, sino más bien a la imposibilidad de planificar el tamaño de la familia. Involucra a grupos sociales que no tienen acceso a métodos anticonceptivos modernos o no logran utilizarlos de manera eficaz y sostenida en el tiempo (Torrado 2003, 373 - 375).

Paralelamente, se observa un aumento en la complejidad de la estructura de los hogares, advirtiéndose que aunque siguen predominando las familias nucleares biparentales (en las que conviven ambos progenitores), hay mayor presencia de hogares unipersonales (integrados por una sola persona), monoparentales (con sólo un proge-

nitor) y trigeneracionales (en los que cohabitan tres generaciones). En muchos casos, el allegamiento cohabitacional suele traer aparejada una mayor presencia de miembros dependientes, que no generan ingresos al hogar (Aguirre 2005).

Otra de las dimensiones a considerar dentro de las estrategias familiares es la obtención de recursos de subsistencia, que se encuentra directamente relacionada con el nivel educativo alcanzado por sus miembros aportantes. Quienes menores niveles de escolarización han completado tienen más dificultades para encontrar un empleo cuya remuneración les permita cubrir las necesidades mínimas de su familia.

A su vez, los hogares pobres tienen menos aportantes de ingresos monetarios que los hogares ricos, debido a que las mujeres pobres encuentran más obstáculos para insertarse en el mercado laboral. Al aumentar la cantidad de miembros dependientes, disminuye lógicamente el ingreso *per cápita*. Entre las causas que dificultan la entrada de la mujer en el mercado de trabajo pueden mencionarse:

- a) la concepción patriarcal que sostiene que debe permanecer en el hogar;
- b) la falta de tiempo por el incremento de actividades domésticas que se llevan a cabo como estrategia para enfrentar la falta de ingresos monetarios (por ejemplo, el acarreo de agua, leña y otros elementos combustibles);
- c) la falta de tiempo por el hecho de que las tareas de cuidado (de niños, ancianos, enfermos) recaen casi exclusivamente sobre los miembros femeninos del hogar;
- d) la falta de capacitación y experiencia laboral, como consecuencia de todos los factores anteriores.

No obstante, se observa en la región una clara tendencia a la incorporación de la mujer al empleo remunerado, desde la década de 1980 en adelante. Para el caso de los hogares pobres, la misma se verifica sólo a partir de los años noventa.

Según Aguirre (2005), a fines de esa década un 36% de las mujeres latinoamericanas en edad de trabajar, pertenecientes a estratos bajos, se encontraba trabajando fuera del hogar, mientras que esta cifra ascendía al 48% para los estratos medios y al 55% para los altos³.

Al considerarse el ejemplo del mercado de trabajo, queda ilustrada la estructura diferencial de posibilidades de obtención de ingresos que enfrentan varones y mujeres en América Latina. Hay pautas socialmente sostenidas que determinan la existencia de ocupaciones típicamente masculinas y otras típicamente femeninas, lo que permite

³ Estos datos han sido calculados a partir de una base de 14 países latinoamericanos de los cuales existe información disponible.

hablar de una «marca de género» de las ocupaciones, dentro de un plano de «segmentación horizontal» de la actividad laboral. A su vez, mujeres y hombres se distribuyen en forma desigual en los distintos niveles jerárquicos, verificándose una «segmentación vertical» del empleo (Aguirre 2005).

En 2001, la economía informal concentraba al 46% de los puestos de trabajo en el subcontinente. Dentro de la población ocupada masculina, el 44% se hallaba en empleos informales, en tanto que entre la población ocupada femenina la cifra ascendía al 50% (Aguirre 2005). Esto nos habla de la precarización laboral que acompañó la instauración del modelo de acumulación neoliberal, la cual afectó diferencialmente a trabajadores y trabajadoras. Los puestos peor remunerados –en general centrados en el servicio doméstico y el trabajo por cuenta propia– son generalmente realizados por mujeres, acarreando una desigual capacidad de generar ingresos monetarios.

Debe tenerse en cuenta que la notoria incorporación de la mujer al mundo del trabajo durante la última década en Argentina no refleja tanto una igualación de las oportunidades entre los sexos ni es el resultado de una expansión de la oferta de empleos, sino una reacción o estrategia que más bien responde a un proceso de signo inverso. Frente al deterioro de las condiciones de vida y el incremento inusitado del desempleo y subempleo horario que afectó drásticamente a los varones «proveedores» jefes de hogar, muchas mujeres salieron a trabajar para compensar los magros ingresos de sus compañeros. No obstante, el cambio ha sido tan importante que algunas investigaciones se atreven a afirmar que, en la zona más modernizada del país –el Área Metropolitana de Buenos Aires–, el modelo del varón «único proveedor» está compitiendo con el de hogares de «dos proveedores», en los que ambos cónyuges están empleados (Wainerman 2002: 71).

Los estudios sobre estrategias de sobrevivencia con perspectiva de género que han incorporado fuentes de datos de tipo cualitativo arrojan resultados que pueden ser interpretados a la luz del concepto de *habitus*. Tomemos por ejemplo el caso de una investigación realizada en la provincia de Mendoza, referida a la valoración del trabajo y los roles familiares a los que adscriben las mujeres pobres frente a la crisis (Reyes et al. 2000). En el análisis de los materiales recolectados las investigadoras reconocen la existencia de dos grupos de mujeres, igualmente sumidas en la pobreza pero con representaciones y prácticas –lo que en el presente trabajo se denomina estrategias basadas en *habitus*– diferentes.

El primer grupo está conformado por mujeres que otorgan gran importancia a su inserción en el mercado de trabajo. Su ingreso, permanencia y eventual salida de él responde fundamentalmente a las oportunidades y limitaciones que el propio mercado ofrece. Perciben la crisis económica y el desempleo como una situación que rebasa sus situaciones personales, y advierten también los obstáculos que ellas deben enfrentar debido a factores discriminatorios de género (tales como acoso sexual, preferencia por los varones para el desempeño de ciertas tareas, percepción de menores salarios

por parte de las trabajadoras mujeres, entre otros). Estas mujeres presentan «una enorme capacidad de situarse en un lugar de dirección de sus propios destinos» (Reyes et al. 2000: 152), no obstante la agudeza de la crisis económica en la que sus vidas se han visto sumergidas.

Las mujeres que pertenecen al segundo grupo ponen mayor énfasis en los límites y dificultades que para ellas ofrece el contexto social en que se encuentran. Muchas han sido empujadas al mercado de empleo por la crisis, aunque el consentimiento de sus parejas y la conformación del grupo familiar (la edad de los hijos sobre todo) constituyen factores determinantes de sus trayectorias laborales. En sus representaciones se destacan obstáculos considerados personales –tales como la propia edad, la falta de capacitación, la ausencia de redes familiares de apoyo y las obligaciones domésticas– como elementos que limitan sus posibilidades de empleo.

Entender que uno y otro grupo basa sus estrategias en *habitus* diferentes implica afirmar que sus modos de percibir el mundo, reflexionar y actuar en él son también diferenciales, como resultado de procesos de socialización y experiencias de vida particulares. Así, unas y otras mujeres reaccionan de distintas maneras frente a la adversidad, y estas formas de vivir no pueden ser simplemente deducidas de su origen de clase. Su conocimiento requiere de una relación cara-a-cara entre las personas –sujetas y protagonistas– de la realidad social y las personas investigadoras de la misma. La investigación cualitativa constituye, por tanto, una herramienta imprescindible para poder construir saberes sólidamente fundamentados sobre la vida cotidiana de cualquier grupo humano.

3. Estudios de género y condiciones de vida

Los estudios de Naila Kabeer ofrecen importantes elementos para el análisis de los niveles de vida de poblaciones concretas, incorporando la dimensión de género⁴ y los métodos cualitativos. Si bien las estrategias de sobrevivencia no constituyen el concepto central que organiza la investigación, tampoco forman parte de una discursividad excluida por la autora.

Su punto de partida es la crítica a la reducción conceptual de la pobreza como mera falta de ingresos. Señala que «la necesidad humana es algo más que la sobrevivencia

⁴ Es preciso aclarar que la investigación citada fue realizada en poblaciones rurales de Bangladesh, en donde la mujer guarda relaciones de dependencia respecto de los adultos varones, en un sistema patriarcal muy estricto. Es claro que los resultados de esos estudios no deben ser extrapolados al caso latinoamericano, y que las relaciones sociales se basan en nuestra región en estructuras y modos de funcionamiento societal completamente diversos. No obstante, los hallazgos de la autora son reveladores del modo en que género y pobreza se relacionan en las comunidades seleccionadas, y ofrecen conceptos y categorías que pueden servir para orientar nuevas investigaciones en otras regiones del mundo.

fisiológica; es también vivir una vida activa y sana, participar en la vida de la comunidad» (Kabeer 1998: 149) reafirmando la concepción de la pobreza como proceso multidimensional.

Las dimensiones que Kabeer decide considerar en su trabajo incluyen la seguridad alimentaria, la salud, la seguridad personal, los derechos basados en el capital, los derechos basados en el hogar (asociados al matrimonio, la familia y el parentesco), todas ellas analizadas a la luz de las jerarquías de género y generación dentro de la unidad doméstica. Las relaciones genéricas son «al menos tan significativas como las de pobreza y clase en la generación de desigualdades...» (Kabeer 1998: 154).

El criterio de selección de estas dimensiones y no otras está asociado a la idea de necesidades básicas que deben ser satisfechas y al acceso a recursos (materiales y no materiales) para su satisfacción. A lo largo de la presentación de los hallazgos, la noción de estrategias de sobrevivencia entra en juego de dos modos interrelacionados: como arreglos domésticos habituales para incrementar los insuficientes recursos con que cuenta el hogar, o como mecanismos para superar la crisis en caso de que ésta sobrevenga.

En cualquiera de los dos casos, los renunciamentos (a la alimentación y a la salud fundamentalmente) y desposesiones que se llevan a cabo (venta de propiedades y bienes de alguno de los miembros del hogar) tienen a las mujeres, a los ancianos y los niños como protagonistas primeros, y sólo cuando la situación empeora se observa que los varones sufren la pérdida de sus propios derechos.

Otra investigación que utiliza una conceptualización cercana a la de estrategias de sobrevivencia fue realizada por Caroline Moser (1996). En ella se examina la forma en que los hogares pobres se adaptan a un contexto social progresivamente adverso, considerándose las disposiciones que adoptan para limitar el impacto de las crisis y generar nuevos recursos. El estudio se llevó a cabo en comunidades pobres de Zambia, Ecuador, Filipinas —en tanto países en desarrollo— y Hungría —en tanto economía de transición—.

Una de las categorías centrales para la autora es la de «vulnerabilidad», que tiene la ventaja, como se verá en el apartado siguiente, de superar un enfoque muy difundido para la medición de la pobreza, aquél que toma como único indicador al ingreso familiar. En cambio, el análisis de la vulnerabilidad conduce a identificar no sólo las amenazas y los riesgos, sino también las oportunidades y la capacidad de adaptación de los hogares, ambas estrechamente vinculadas a la posesión de «activos».

Siguiendo a Moser, los activos pueden ser tangibles o intangibles, e incluyen mano de obra, capital humano, activos productivos (como la vivienda), relaciones familiares y capital social. Sin embargo, la disminución de la vulnerabilidad no depende solamente de la existencia de activos, sino de las *estrategias* que los grupos adopten para hacer frente a la presión económica, es decir, del modo en que tales activos sean empleados.

4. La pobreza como proceso dinámico

El concepto de vulnerabilidad resulta útil para denotar el carácter procesual de la pobreza. «Alude a la inseguridad y a los riesgos a que están expuestas las personas frente a situaciones de crisis y a la incapacidad o dificultad para responder» ante ellas (Aguirre 2005).

La espiral descendente del empobrecimiento puede ser resultado de un proceso abrupto por el cual una familia pierde sus ahorros y sus bienes, o bien un descenso gradual; puede afectar específicamente a un hogar (como consecuencia de muertes, divorcio, negocios fallidos o enfermedad) o a poblaciones enteras, en el marco de transformaciones políticas, económicas o frente a la ocurrencia de desastres naturales.

Se ha visto en páginas anteriores que las estrategias de desposesión domésticas desplegadas en Bangladesh llevan a que se vendan primero los bienes femeninos. La mayor vulnerabilidad de las mujeres queda de manifiesto en ese caso, puesto que, en el futuro, las mujeres tendrán menos recursos que los hombres para respaldarse. Probablemente la única opción entonces sea la venta de su fuerza de trabajo, accediendo a los puestos más inestables y peor remunerados del mercado laboral.

La progresiva incorporación de la mujer al mundo del empleo es una tendencia observada en la mayoría de los países latinoamericanos y también en la Argentina, según se ha señalado con anterioridad. Ello es particularmente evidente a partir de los años ochenta y noventa, como resultado de los procesos de pauperización que tuvieron lugar en la región. Análogamente, Moser observa que en las cuatro comunidades seleccionadas para su estudio la misma tendencia es explicable como parte de las estrategias de los hogares para aumentar los ingresos que disminuyen⁵.

Por supuesto, se implementan además estrategias de reducción del gasto familiar en diversos frentes: reducción del gasto total, cambio de hábitos alimenticios y reducción de las compras de bienes no esenciales. Se minimiza la cantidad de dinero de la que puede disponer cada miembro de la familia, se reducen las compras de vestimenta y otros artículos personales, se camina para reemplazar la utilización del transporte público, se adquieren alimentos de peor calidad o más baratos, se posterga o deja de lado la compra de medicamentos. Este tipo de estrategias de disminución del consumo se combina con estrategias de incremento de los ingresos, ya que —desde el enfoque de Moser— la mano de obra constituye el principal activo de las personas pobres.

⁵ No obstante, no puede desconocerse que hay otros factores que explican el alza de la participación femenina en el empleo remunerado. Entre ellos, cabe mencionar un proceso de creciente autonomización de la mujer respecto de la autoridad del varón, un aumento sostenido de las tasas de escolarización y capacitación, acompañados de notables cambios culturales que han propiciado la salida de la mujer de la esfera doméstica y su paulatina inmersión en ámbitos que antes eran considerados exclusivamente masculinos.

Al comparar los hallazgos de esa investigación con lo observado en el contexto general latinoamericano, se arriba a conclusiones similares en varios aspectos. Puede visualizarse que el aporte de las mujeres al ingreso familiar depende de su nivel educativo y sus posibilidades de combinar el trabajo remunerado con sus múltiples ocupaciones en el hogar. También se comprueba que, aunque la carga de trabajo se ha incrementado para las mujeres que salen a trabajar fuera de sus hogares, no ha habido un incremento paralelo de las obligaciones asumidas por sus compañeros varones en materia de trabajo doméstico. Finalmente, los estudios revelan que no todos los grupos familiares tienen iguales capacidades de ajustar sus gastos y movilizar recursos, de modo que las crisis pueden acarrear drásticas consecuencias en términos de la igualdad dentro del hogar, la integridad de cada uno de sus miembros y la cohesión del tejido social en el que se insertan.

5. Carga global de trabajo, uso del tiempo y estrategias de sobrevivencia

En un esfuerzo por reconceptualizar la noción de trabajo, los estudios de género han desarrollado contundentes críticas a la equiparación entre trabajo y empleo. En virtud de ésta, el trabajo no remunerado que llevan a cabo las mujeres en el hogar no es considerado trabajo, queda generalmente invisibilizado para el sentido común y además, goza de un desprestigio bastante extendido a nivel cultural.

Para el enfoque de género, en cambio, las actividades que se realizan cotidianamente en el hogar deben ser consideradas como «productivas», ya que generan bienes y servicios que son consumidos por la unidad doméstica, independientemente de que sean o no retribuidos en forma monetaria. Quienes se encargan de generar estos bienes y servicios están, de hecho, realizando un aporte imprescindible al bienestar familiar y social (Durán 2000; Badgett y Folbre 1998; Aguirre 2003).

En el plano internacional, se está avanzando hacia un reconocimiento del carácter productivo del trabajo no remunerado. Ya en 1985, en la resolución de Naciones Unidas «Una mirada hacia el futuro. Estrategias para el avance de la mujer en el año 2000» (Nairobi), o en la Plataforma de Acción adoptada por la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (Beijing, 1995) se destaca la necesidad de reunir datos sobre la actividad doméstica no pagada, con el objeto de desarrollar un conocimiento más integral de todas las formas de trabajo y empleo.

En sintonía con lo anterior, la «carga global de trabajo» señala la cantidad de horas diarias, mensuales o anuales que una persona dedica a la realización de actividades productivas que generan bienestar. Por ende, exige contabilizar tanto el empleo remunerado como el trabajo doméstico no remunerado (Aguirre 2005). Las «encuestas sobre uso del tiempo» constituyen una herramienta utilizada para medir la carga global de trabajo. Las mismas: «proporcionan información sobre cómo la población, según variables tales como sexo, edad, etnia, nivel socio-económico, tipo de hogar,

distribuye su tiempo. Permiten también conocer qué proporción de tiempo está destinada a realizar qué tipo de actividad, con qué finalidad, para quién, con quién y dónde» (Araya 2003: 8).

Entre los inconvenientes que conlleva la realización de este tipo de estudios estadísticos, debe considerarse:

- a) la exagerada extensión de los cuestionarios, que procuran registrar todas las actividades diarias que realiza cada miembro del hogar y el tiempo asignado a ellas;
- b) la dificultad que para los entrevistados puede significar asignar unidades de medición de tiempo a cada tarea realizada;
- c) los altos costos que implica abarcar a grandes poblaciones;
- d) la complejidad de codificar las infinitas actividades que pueden ser realizadas por las personas, sumado a la necesidad de obtener informaciones que luego sean comparables para distintas regiones (Araya 2003: 46).

No obstante, no puede desconocerse la notable capacidad de las encuestas sobre uso del tiempo para generar indicadores sobre calidad de vida y relaciones de género, y su aporte a la tarea de valorar socialmente la incidencia del trabajo doméstico en relación al bienestar de las comunidades humanas.

En las sociedades latinoamericanas –organizadas en torno a un modelo patriarcal de relaciones sociales– la división del trabajo establecida hace que los varones se concentren en actividades fuera de la esfera doméstica, en el ámbito de lo público, labores que cuentan con remuneración y son consideradas productivas. Las mujeres, en cambio, no logran alejarse del ámbito privado, realizando la mayor parte de las tareas no remuneradas requeridas para la supervivencia de la sociedad y el bienestar familiar. Por ello, las encuestas sobre uso del tiempo pueden proporcionar un conocimiento de gran utilidad para el diseño e implementación de políticas públicas orientadas a mejorar los niveles de vida de las poblaciones y promover la equidad de género.

Cuba fue un país pionero en América Latina en cuanto a la realización de encuestas sobre uso del tiempo. Los antecedentes se remontan a las Encuestas Nacionales de Presupuesto de Tiempo realizadas en 1985 y 1988. Nuevos estudios se llevaron a cabo en 1997 y 2001. México, por su parte, los implementó en 1996, 1998 y 2003. De este modo pudo saberse, por ejemplo, que en 1996 las mujeres mexicanas dedicaban en promedio 35 horas semanales a tareas domésticas no remuneradas, mientras que sus compañeros varones sólo asignaban a ello 10 horas (Araya 2003: 40).

Hasta la actualidad, los países latinoamericanos que han realizado estudios sobre la temática –aunque con diferentes metodologías y criterios– son, además de los ya nombrados, República Dominicana (1995), Nicaragua (1998), Guatemala (2000) y Uruguay (2003).

En todos los países del mundo en los que existe información comparable, la disparidad de la carga global de trabajo para varones y mujeres es insoslayable (Durán 2000, 17). No sólo la jornada real de las mujeres es mucho más extensa y suele centrarse en actividades no remuneradas, sino que además no gozan de ninguno de los beneficios que los sistemas de seguridad social han garantizado históricamente a los trabajadores asalariados, como jornada limitada, vacaciones, seguro médico, para citar los más elementales.

6. Reflexiones y propuesta conceptual: las «estrategias de desarrollo personal»

Hemos incluido en el presente artículo las anteriores consideraciones sobre carga global de trabajo y empleo del tiempo pues sostenemos que constituyen dimensiones que pueden venir a complementar un abordaje de las estrategias de sobrevivencia con perspectiva de género. De hecho, numerosas investigaciones cualitativas que recurren a técnicas como las entrevistas y la observación participante han estimado relevante registrar cómo se distribuyen las obligaciones en el seno del hogar y qué uso hacen de su tiempo las personas.

En virtud de lo expuesto hasta aquí, es posible establecer que las estrategias de sobrevivencia familiares se encuentran estrechamente vinculadas con lo que deseamos denominar «estrategias de desarrollo personal» de cada uno de sus integrantes. Unas y otras formas de acción se configuran mutuamente, en tanto se inscriben en la red de relaciones sociales que conforman el vínculo familiar.

Si se concibe a la familia como un conjunto de relaciones cotidianas atravesadas por la tensión solidaridad-conflicto, puede comprenderse que las estrategias de sobrevivencia implementadas no necesariamente implican la posibilidad real de que cada uno de sus miembros despliegue al mismo tiempo sus propias estrategias de desarrollo personal, para optimizar la satisfacción de sus necesidades presentes o futuras. Es más, las estrategias familiares pueden en muchos casos exigir importantes renunciamentos o pérdidas de derechos para las personas más vulnerables del hogar, conduciéndolas a una situación de vulnerabilidad aún mayor.

Inversamente, es fácil imaginar que muchas de las estrategias de desarrollo personal llevadas a cabo por mujeres (haciendo frente a las relaciones jerárquicas de género) pueden entrar en conflicto con la implementación de estrategias de sobrevivencia por parte de las familias en las que ellas se insertan. A modo de ejemplo, una investigación que realizamos durante el año 2002 en la provincia de Mendoza revela que entre las limitaciones que deben enfrentar las mujeres pobres para llevar a cabo estudios secundarios en establecimientos de adultos se encuentra la mala predisposición que esto genera en sus parejas u otros familiares varones, así como la consabida dificultad de dejar de lado sus quehaceres domésticos. Si se acepta que la actividad de estudiar y capacitarse conforma una estrategia de desarrollo personal, puede observarse cómo

ésta entra en tensión con cualquier estrategia familiar que considere a la mujer como la principal responsable del trabajo en el hogar y le impida por lo tanto dedicar tiempo a otra clase de ocupaciones.

Hemos adelantado pues algunas ideas en torno del significado del concepto de estrategias de desarrollo personal, aunque su concreto potencial y limitaciones sólo podrán conocerse cuando se concluya la investigación que estamos realizando actualmente sobre experiencias de escolarización y estrategias de sobrevivencia en sectores populares del oeste argentino.

Conclusiones

Las investigaciones sobre las distintas maneras en que los grupos familiares reaccionan e intentan adaptarse a las crisis y al cambio social se han extendido por casi tres décadas en América Latina y también en otras regiones del mundo. A lo largo del presente estudio, hemos considerado diversas propuestas teóricas para el abordaje de las estrategias de sobrevivencia, así como una variedad de resultados o hallazgos a los que tales estudios han arribado. En todos los casos, se observa que las mujeres se comprometen activamente con un amplio espectro de arreglos familiares orientados a ajustar los gastos e incrementar los recursos del grupo. Son las primeras en asumir nuevas obligaciones y actividades que reviertan la falta de ingresos o la falta de acceso a servicios básicos, resignando su tiempo libre e incluso sobrecargando su tiempo ya ocupado con otros quehaceres. Son también las primeras en renunciar a sus bienes, derechos o posesiones, poniéndolos a disposición de las necesidades familiares.

Estas maneras de reaccionar frente a la adversidad no son sólo observables en los países latinoamericanos, puesto que las investigaciones de Kabeer o Moser en otras comunidades pobres del globo arrojan resultados semejantes. E inclusive, los estudios sobre uso del tiempo revelan que en todos los países en los que existe información disponible, la mayor parte del trabajo doméstico no remunerado es realizado por mujeres, independientemente de su origen de clase y del grado de desarrollo de la región. En cuanto al potencial heurístico de los marcos teóricos analizados, deseamos dejar planteadas una serie de conclusiones a las que por el momento hemos podido arribar, con el objeto de abrir el debate y promover la crítica.

El enfoque de las estrategias familiares de vida, tal como lo presenta Susana Torrado, resulta a nuestro entender válido para ilustrar una gran variedad de dimensiones que dan cuenta de las condiciones de existencia de las unidades familiares como un todo. El contexto socioeconómico, político y cultural impone a cada clase y estrato un conjunto de restricciones y posibilidades que configuran su estructura de opciones. La categoría bourdiana de *habitus* funciona como «bisagra» mediadora entre las determinaciones de la estructura y los comportamientos de los sujetos sociales, abriendo el análisis a una heterogeneidad de mecanismos de supervivencia desarrollados por las

familias, que sin embargo pueden presentar ciertas «tendencias» u homogeneidades según estratos o clases.

Las confrontaciones de intereses, así como la discriminación sexual y generacional que tienen lugar al interior del grupo familiar pasan desapercibidas para este enfoque, bajo el supuesto de la satisfacción mancomunada y solidaria de las necesidades de todos sus miembros. En cambio, las críticas a esta concepción tradicional de familia desarrolladas por los estudios de género se encuentran en la base de propuestas teóricas como las de Kabeer o Moser. Ello les permite obtener otro tipo de conclusiones en materia de estrategias de sobrevivencia. Ambos estudios demuestran –con distintos marcos conceptuales y en comunidades completamente diversas– que las estrategias familiares muchas veces implican una carga desmesurada de actividades y obligaciones para las mujeres, impidiéndoles la implementación de otras estrategias conducentes a su propio desarrollo personal. Estos procesos tienden a perpetuar su vulnerabilidad en el tiempo, lo que incrementa el riesgo de caer en un nivel de pobreza aun más agravado.

En cuanto a las fuentes de datos utilizados por los estudios de estrategias de sobrevivencia, a lo largo del presente artículo pudimos poner en evidencia la necesidad de incorporar no sólo fuentes estadísticas sino también datos cualitativos, obtenidos a partir de técnicas como la observación en terreno y las entrevistas. Este requerimiento responde a la naturaleza del concepto de estrategia, que invita a indagar en el carácter creativo e innovador de los comportamientos de los actores y las actoras sociales, ante estructuras de posibilidades aparentemente cerradas y sin alternativas de acción.

No puede dejar de mencionarse un aspecto sobre el que no pudimos detenernos lo suficiente, estrechamente vinculado a los comportamientos orientados a la satisfacción de necesidades y a la noción de estrategia. Se trata de los modos de percibir y comprender el mundo, es decir, el universo de representaciones y significados de los cuales están imbuidos los sujetos que actúan en él. Los trabajos de Moser y Kabeer logran adentrarse en esta dimensión fundamental para comprender las conductas familiares, y seguramente es una dimensión que no puede dejar de tomarse en cuenta a la hora de diseñar investigaciones sobre estrategias de sobrevivencia.

Finalmente, un elemento que proponemos sea incluido en futuros estudios sobre estrategias familiares con perspectiva de género es la noción de estrategias de desarrollo personal, para enriquecer el análisis con todos aquellos comportamientos individuales de los integrantes de la unidad familiar que puedan conducir a revertir las jerarquías de género y generación, y a reducir sus propios niveles de vulnerabilidad como personas.

Bibliografía

- Acosta, Félix. 2003. La familia en los estudios de población en América Latina: estado del conocimiento y necesidades de investigación. En: *Papeles de Población* N° 37, Julio/Septiembre. Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Aguirre, Rosario. 2003. *Género, ciudadanía social y trabajo*. Montevideo: Universidad de la República / Doble Clic Editoras.
- Aguirre, Rosario. 2005. Pobreza, globalización y género. Avances teóricos, de investigación y estrategias en América Latina. Seminario Virtual PRIGEPP-FLACSO. Buenos Aires.
- Araya, María José. 2003. *Un acercamiento a las Encuestas sobre el Uso del Tiempo con orientación de género*. Santiago, Chile: CEPAL. Serie Mujer y Desarrollo.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira. 2002. Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica. En: C. Wainerman, comp. *Familia, Trabajo y Género. Un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires: UNICEF/ FCE.
- Badgett, M. V. Lee y Nancy Folbre. 1998. ¿Quién cuida de los demás? Normas sociosexuales y consecuencias económicas. En: *Revista Internacional del Trabajo*, Vol. 118, N° 3.
- Bourdieu, Pierre. 1980. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Durán, María Ángeles. 2000. Uso del tiempo y trabajo no remunerado. En: *Revista de Ciencias Sociales* N° 18. Departamento de Sociología/Fundación de Cultura Universitaria.
- Kabeer, Naila. 1998. *Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo*, México: Paidós.
- Moser, Caroline. 1996. *Situaciones críticas. Reacción de los hogares de cuatro comunidades urbanas pobres ante la vulnerabilidad y la pobreza*. Washington: Banco Mundial. Serie de estudios y monografías sobre el desarrollo ecológicamente sostenible N° 75.
- Pzeworski, Adam. 1982. La teoría sociológica y el estudio de la población: reflexiones sobre los trabajos de la Comisión de Población y Desarrollo de CLACSO. En: *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*. México: Colmex.
- Reyes, Azucena, Alejandra Ciriza y Lidia Diblasi. 2000. Valoración del trabajo y roles familiares de las mujeres pobres en Mendoza frente a la crisis. En: Ruth

Stautu, Amalia Eguía y Susana Olarte, comps. *Las mujeres hablan. Consecuencias del ajuste económico en familias de sectores pobres y medios en la Argentina*. La Plata: Ediciones Al Margen/ Edit. de la Universidad Nacional de La Plata.

- Torrado, Susana. 1998. El enfoque de las estrategias familiares de vida en América Latina. Orientaciones teórico-metodológicas. En: *Familia y diferenciación social. Cuestiones de método*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Torrado, Susana. 2003. *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Wainerman, Catalina. 2002. La reestructuración de las fronteras del género. En: C. Wainerman, comp. *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires: UNICEF/ FCE.